

Parásitos en las aves. — En un tordo de charreteras amarillas, *Agelaius thibius*, joven, encontré al abrirlo, adherida a la coyuntura de la cadera una tenia, de unos tres centímetros de largo, y al querer sacarla se dividió en tres partes. La cabeza de ésta no se desprendía y para conseguirlo le puse un poquito de alcohol.

El instinto en las aves. — En Conhello (Pampa), donde el agua es escasísima y son muy pocos los molinos, una mañana fué encontrado un zambullidor en el tanque de la casa, donde estábamos. Sin duda al pasar volando vió el tanque o el instinto como un sentido fué el que lo orientó hacia él.

UNA CACHIRLA AFORTUNADA ANTHUS CORRENDERA

POR RONALD M. RUNNACLES

Hay poca esperanza de salvación para cualquier presa una vez que está firmemente apretada entre las garras de un halcón, menos esperanza todavía, si la presa es pequeña y completamente indefensa; sin embargo, con auxilio exterior una salvación puede conseguirse. Pero, sin duda, el auxilio exterior rara vez llega a la desgraciada víctima de las garras de un halcón. Por lo tanto tal vez algunos lectores podrán interesarse en lo que sigue:

En la tarde de un domingo del último invierno me fuí a cazar a la orilla de la laguna. Estuve tirando satisfactoriamente, la cacería era abundante, pero mis cartuchos escasos, de modo que empecé a encaminarme a casa. Aunque sólo me quedaban dos cartuchos más y tenía que caminar cerca de una legua para volver a casa, iba preparado para la primera oportunidad que se me presentara de disparar un tiro. Esta oportunidad no tardó en llegar, porque como a trescientas varas de distancia, más allá del medio de la laguna vislumbré a lo lejos un halcón que volaba en rápido zig-zag, en todas direcciones, durante unos cinco segundos, como si persiguiera a algún pajarito.

De no haber visto esa maravillosa hazaña de pujanza en el vuelo, hubiera creído, por la distancia, que se trataba de un chimango (*Milvago chimango*) y hubiera continuado hacia casa, pero ningún chimango podría jamás revolotear con la destreza que acababa de presenciar, por eso me escondí entre los juncos más próximos. Conteniendo la respiración, inmóvil como liebre en su guarida, esperé con impaciencia que se acercara el pájaro en cuestión, el cual, rara coincidencia, venía en línea recta hacia mí, hasta que pasó como a 8 varas a un costado y como a 4 de altura.

Cuando el pájaro se acercó comprendí que no me había equivocado sobre su identidad: era un halcón ceniciento (*Circus cinereus*). Mi emoción aumentó. Jamás había conseguido cazar un halcón ceniciento y cazar un halcón ceniciento significa salvar la vida de innumerables perdices. Se acercaba cada vez más y más y más...

Elejí mi oportunidad cómodamente, me levanté decidido y apoyé la culata de mi escopeta en el hombro. El escaso y astuto halcón viró ligeramente hacia afuera, se levantó un tanto y al mismo tiempo aumentó la velocidad. Con la emoción lo dejé pasar antes de apretar el gatillo. En seguida triplicó su velocidad, desplegó la cola, se alejó desesperadamente y lo perdí de vista; esto último sucedió porque algo más llamó mi atención.

No pude saber si lo había herido o si únicamente lo había intimidado, pero lo cierto es que soltó de entre sus garras un pajarito, cuya vista me hizo olvidar momentáneamente al halcón.

Mientras el libertado pajarito volaba trabajosamente en dirección al grupo de juncos más próximo (como si temiera ser apresado de nuevo por el implacable halcón) una pluma arrancada por el raptor era llevada por el viento.

Empecé a mirar a mi alrededor en busca del halcón, pero no pude encontrarlo por ninguna parte, a pesar de que había marcado cuidadosamente el sitio de su escondite, por lo que pensé que hubiera caído muerto, pero un instante después lo percibí como a 100 varas de distancia volando con rapidez hacia el sol poniente. Variaba de dirección y altura de su vuelo cada cinco varas, como si temiera a cada momento otra descarga.

Seguro ya de que el halcón ceniciento no caería, me volví para identificar a su pretendido alimento, al que no vi hasta que no se levantó débilmente a cuatro varas de distancia. Era una cachirla (*Anthus correndera*), una de las pocas, sino la única, que habrá escapado, después de haber sido capturada, de los fuertes garfios de un halcón.

No pude saber si lo que presencié en el primer momento fué el final de una emocionante cacería o si la cachirla asentada en un flotante camalote bravo (con los cuales estaba alfombrada la laguna, en esa época) fué repentinamente sorprendida por el halcón y si todas las «maniobras aéreas» que había presenciado eran imprescindibles para la captura.

De cualquier manera, fué un episodio del que nunca me olvidaré, especialmente de mi sorpresa al descubrir la cachirla prisionera que, soltada por las garras del halcón, había estado oculta a mi vista hasta que hice fuego sobre el raptor.